

enseñad (docete): el objeto moral en el bautismo: *baptizantes eas in nomine Patris &c.* y el objeto legal por último, en la direccion de la conducta segun los preceptos impuestos á los hombres por Jesucristo: *docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis.* ¡Cuán sublime aparece á los ojos de la religion y de la filosofía, y cómo predomina en el campo de la historia por las dimensiones colosales de su objeto esta institucion que somete al imperio de la palabra santa la ruda inteligencia de las masas, las esclarecidas luces del talento, los tesoros del saber y los arranques atrevidos del genio! ¡esta institucion celestial, que al través de los errores, y por entre las densas borrascas del corazon humano, conserva inalterable el poder de los principios, y contiene en su carrera de perdicion á toda la humanidad impelida por la ruta de las pasiones. ¡Con cuánta destreza esgrime todo género de armas! ¡con qué inimitable maestría maneja y rige los resortes del corazon! Ya considerémos este objeto por el lado de las doctrinas, ya vengamos á colocarle bajo un aspecto exclusivamente moral, ya recojamos todas sus partes en un solo punto para considerar el cuadro con que se manifiesta el todo, nuestra razon vencida, nuestra inteligencia subyugada, nuestra imaginacion presa, rinden, sin apercibirse de ello, todo el vasallaje que es debido á la palabra de Dios en la palabra del hombre, y que por derecho corresponde á la elocuencia del orador sagrado.

Para formarnos una idea completa de todo el poder que ha desarrollado ella por el primero de sus objetos, y calcular, si nos es posible, su fuerza dogmática, preciso es recordar el imponente aparato de sus doctrinas, el majestuoso conjunto de esos atributos con que se colocan bajo los labios del orador todas las verdades del cristianismo. Sublimidad, unidad, universalidad, santidad, eternidad, por último: he aquí sus títulos. La verdad religiosa enseñoreándose del mundo: he aquí su historia. Cuarenta siglos corrieron para realizar dos ensueños de la antigua filosofía, instituir una escuela dogmática, y generalizar los conocimientos morales por todas las clases de la sociedad. ¡Qué resultó? Dos cosas contrarias: los filósofos en guerra continua, y los pueblos en barbarie constante. ¡Y la palabra docente del cristianismo? Ha hecho dos cosas tambien: instituir la filosofía y

civilizar los pueblos. Guerras de inteligencia existen aún, porque la mediocridad, la envidia y el orgullo no pueden estar ociosos; pero el verdadero filósofo no tendrá ya que andar al rigor de los elementos sin hallar un asilo, como sucedia en otros tiempos. Hoi, á la vista de la anarquía entre las doctrinas, vierte una lágrima ó lanza una sonrisa, segun su genio; pero vuelve la espalda, y con solo esto se encuentra en su patria, en su albergue y en su escuela: prosigue sin afán su infatigable carrera de investigacion, ilustra á sus contemporáneos, sorprende al mundo y se cubre de gloria; y esto donde quiera que se halle; porque los ejes de la tierra están clavados hoi, permítasenos la frase, en los muros del catolicismo. Si viniesen á decirnos ahora los filósofos con toda su algarabía, que el mundo está á oscuras, que es necesario regenerar la inteligencia, triunfariamos de ellos ante el buen sentido con tres minutos de contienda: llamariamos á un aldeano ó á un niño; les haríamos tres preguntas, una sobre Dios, otra sobre el hombre y otra sobre la lei; y convirtiéndonos á las turbas beligerantes: *ved, las diríamos, ese niño, ese aldeano saben mas que Platon.*

V.

El mismo objeto de la elocuencia sagrada viene á servir de medida y número á nuestra inteligencia para descubrir su prodigiosa universalidad y calcular su duracion. “Reunir á los hombres en un templo para instruirlos en sus deberes; establecer concurrencias públicas de conversaciones profundas entre la religion y la conciencia; contrabalancear la impunidad de lo presente con la justicia de un incierto y oscuro porvenir; combatir los vicios, despertar la fe, mover el corazon, subyugar la voluntad, encadenar todas las pasiones bajo el yugo de la lei por los lazos mas íntimos de los intereses eternos; descubrir á los oyentes el tribunal supremo de la justicia, los asilos de la humanidad afligida, las cabañas, los sepulcros, los abismos de la eternidad; obligar á cada uno á que tome respecto de sí mismo el doble carácter de acusador y juez en el profundo secreto de su espíritu y la soledad de sus remordimientos: tal es, en concepto del Car-

denal Maury, el verdadero cuadro de la elocuencia del púlpito (1).

¿Quién puede considerarse exento de pertenecer á esta institucion divina que interviene al mismo tiempo la razon y la voluntad, que entra en lo mas profundo de la conciencia, é interesa en todo sentido el corazon humano? ¿quién, al hacer su carrera por la vida, no ha sentido alguna vez la necesidad imperiosa de entablar un comercio íntimo entre la eternidad y el tiempo relativamente á los destinos de su ser? ¿Quién, á la vista de esas escenas de la naturaleza, sorprendiendo las decoraciones de otro mundo, no ha experimentado la irresistible tentacion de abismarse en las sombras del misterio, de consultar los arcanos del sepulcro, de interrogar al porvenir acerca de su propio destino? ¡Ah! el hombre siempre es hombre, y muchos siglos ántes que el Evangelio brillase por el orbe, el corazon humano tenia una historia bastante conocida, tendencias religiosas muy señaladas, y por lo mismo, disposiciones felices para venir á colocarse bajo el dominio de la palabra santa. Díjose con mucha verdad, que *el mundo estaba sentado en las tinieblas y á las sombras de la muerte*: porque á pesar del grande movimiento de las sociedades antiguas, del incansable afán de los filósofos y de la voz de los poetas, la razon habia perdido su brújula con la lei de la naturaleza, el hombre su mirar con la oscuridad profunda de su destino, el culto su carácter con las abominaciones indecibles del paganismo, y la voluntad su aplomo con los innumerables vicios que tenian á la vez ulcerado y encallecido el corazon. El mundo estaba sentado á las sombras de la muerte; y la sociedad no podia figurar de nuevo en la escena de la vida sino por una especie de resurreccion universal. Una voz era necesaria para la humanidad entera; pero esta voz no podia salir de los sepulcros. De pronunciarse habia por un heraldo celestial, por un ministro que fuese capaz de abarcar en su discurso las relaciones, las diferencias y las condiciones diversas del tiempo y de la eternidad. Solo una voz de esta naturaleza podia suscitar de nuevo á la vida de la verdad, de la religion y de la virtud, por medio de una luz directamente

(1) Véase su obra: *Essai sur la eloquence de la Chaire*, § I, de donde hemos tomado en extracto estas ideas.

venida de las alturas, á todos aquellos que en la última pos-tracion de sus fuerzas morales, rendidos al cansancio de sus viejos crímenes, adormecidos ya por su misma fascinacion, estaban sentados, como el Profeta dice, á las tinieblas y en las sombras de la muerte. He aquí por qué la mision de los apóstoles no reconoce mas límites que los términos del orbe, (*ite in universum mundum*) y por qué la humanidad entera vino á componer el inmenso auditorio del orador sagrado.

“El hombre que habla es el enviado del cielo, y por la santidad de su carácter parece llevar sobre su frente el nombre de Dios de quien es ministro: la causa que defiende es la de la verdad y la virtud; sus títulos son los derechos del hombre, la lei de la naturaleza grabada en todos los corazones, y la lei revelada, escrita y consignada en el depósito de los libros santos; los intereses que le agitan son los del cielo y de la tierra, los del tiempo y de la eternidad; en fin, los clientes que reune al rededor de sí, y como bajo sus alas, son la naturaleza, cuyos derechos defiende, la humanidad, cuyas injurias venga, la debilidad, cuyo reposo y seguridad protege, la inocencia, á quien presta una voz suplicante para desarmar la calumnia, ó bien acentos terribles para infundirles el horror y sobresalto del crimen: la infancia abandonada, para quien busca en el auditorio corazones paternales, la vejez adolorida, la tímida indigencia, la gran familia de Jesucristo, los desdichados, en cuyo favor comueve las entrañas del rico y del poderoso.”

“Un corto número de verdades terribles para los malos, y consoladoras para los buenos, un Dios justo á quien todo está presente y que castiga ó recompensa; el tránsito de la vida á la eternidad; el momento de este tránsito tan imprevisto como inevitable; la soledad del alma despues de la muerte delante de su Juez; una balanza exactísima donde se pesan fielmente sus buenas ó malas acciones; la revelacion solemne de la conciencia de todos los hombres en el juicio universal; un abismo de penas destinado á los culpables; una fuente inagotable de ventura reservada á los justos; el mundo que engaña y que pasa; el tiempo que rueda presuroso en el seno de la inmóvil eternidad; la vida con todos sus placeres, arrebatados como átomos por este torbellino devorador; las generaciones humanas sumergidas en este oceano inmenso; Dios

solo que resta y las aguarda: he aquí, las grandes palancas de la elocuencia evangélica.”

“Tambien tiene pasiones que mover: el temor, para turbar la seguridad de los malvados; la compasion para mover al hombre sensible en favor de sus hermanos; la indignacion para proscibir y degradar los ejemplos de una prosperidad culpable; la vergüenza, para humillar al hombre vicioso y soberbio, á la vista de su bajeza, de su oprobio y de su nada.” (1)

Algunos espíritus alucinados por el progreso de los intereses materiales de nuestros tiempos, por el brillante y seductor aspecto de las nuevas teorías han creido sorprender en el cuadro de la época signos infalibles de una decadencia próxima para la elocuencia sagrada; y déjase ya entender, que no discurren de esta manera, sino porque suponen ventajosamente contrabalanceado con el orden puramente físico, los intereses materiales y la ruidosa boga de una literatura bastarda el inmenso poder del catolicismo. ¡Insensatos! Miétras haya instintos en la razon para buscar la verdad, miétras el arrepentimiento y la esperanza ocupen algun lugar en el drama de la vida, miétras los recuerdos y el porvenir saquen al hombre de la escena transitoria para fijarle en el teatro de la realidad, miétras la paz interior no haya perdido sus encantos, las miserias tengan un asilo, las lágrimas alguna representacion y el cielo algunos suspiros en la tierra, la Iglesia tendrá hijos, sus predicadores oyentes, y su elocuencia admiradores y apasionados.

Mas, ¿para qué buscar esta clase de argumentos? La palabra del orador sagrado cuenta con una promesa superior á todas las previsiones y temores humanos, porque está garantida nada ménos que por la palabra del Hombre-Dios. *Estad seguros*, dijo Jesucristo, *de que yo permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* (2) La elocuencia sagrada no dejará pues de existir sino cuando la voz de Dios haya vuelto á la nada el último minuto del tiempo.

SEGUNDA PARTE.

Si la filosofía, como ha dicho un autor de estos últimos tiem-

(1) MARMONTEL. *Elemens de litterature Art. CHAIRE (eloquence de la).*

(2) S. Mat. cap. XXVIII, v. 20.

pos, es la tendencia reflexiva del hombre hácia la sabiduría; si la sabiduría es la razon gobernando la práctica por la teórica, la verdad revisando el bien en todos nuestros actos, la ciencia aplicada á la direccion de la vida humana; si la ciencia tiene por oficio propio dirigirnos, llamando sus investigaciones todas á la cuestion capital de nuestro último fin; (1) ¿quién puede disputar su eminente primado en la escala de la civilizacion á esta palabra de verdad y de vida que, atrayéndolo todo á la perfeccion moral de la especie humana, para volverlo todo hácia el pensamiento supremo que domina en el designio de la creacion, nunca se mueve, digámoslo así, sino en esa línea siempre recta tirada de Dios á Dios, por donde el hombre camina siempre que pártete de su principio para encaminarse á su último fin? Grite y declame cuanto quiera esa filosofía bastarda que tiende á sacarlo todo de sus quicios, ántes de Jesucristo el génio tenia sus glorias, la ciencia sus prestigios y las artes culto y admiradores; pero ninguna de estas cosas habia podido reconocer á un comun centro de relaciones, caer bajo el dominio de la unidad, ni ménos todavía depurar el sentimiento moral en el vário sistema de las costumbres: la civilizacion era un *desideratum* para el mundo en todo sentido. Ciencias, artes, literatura, política, legislacion, sociedad, pueblos, gobiernos, &c., &c., todo estaba por civilizar, y no lo probamos aquí, porque una simple disertacion niega el asilo á mil páginas de la historia: porque la historia de todas estas cosas es lo que debia servirnos de prueba, y porque el sentido comun ilustrado por los desengaños testifica por aclamacion esta verdad histórica: LA FE HA CIVILIZADO AL MUNDO.

La elocuencia sagrada situada exactamente entre los atributos de Dios y las necesidades del hombre, maneja con soberanía todas las relaciones que median entre la naturaleza divina y la naturaleza humana, es decir, la suma total de las relaciones que atañen á la inteligencia y al corazon. ¿Cómo entender esta filosofía? ¿Acaso como la aplicacion del entendimiento al sistema universal de las relaciones? Vedla en la elocuencia sagrada. ¿Como la tendencia de la razon al bien por los senderos de la sabiduría y de la virtud?

(1) GIBON. (M. A.) *Cours de Philosophie, Chap. preliminaire.*